

Oscar Cerruto

## Con Stefan Zweig en un café de Buenos Aires

**T**ENIAMOS que haber recalado precisamente allí, en ese café del puerto que el atardecer ha invadido con sus grandes masas de silencio y penumbra, mientras arroja oleadas humanas por los bulevares de la ciudad y llena de ruido los veladores de otros cafés, donde la costumbre porteña enciende sus diálogos frente a la humeante tacita del líquido negro. Stefan Zweig está sentado en medio de ese silencio como en su atmósfera natural, un poco por encima del ruido, silencioso él mismo, fumando a grandes pausas su grueso cigarro de hoja, como si descansara. Tiene una ancha frente, que no es excesiva, y unos ojos hondos y preocupados, y ojos y frente están como bañados por una clara llama de inteligencia y nobleza. Es bien posible que si no se supiera quien es él, bastaría mirarle para sentir la presencia de un tipo de raza intelectual, de un europeo inteligente de nuestro tiempo. No es esa misma la impresión que causa, por ejemplo, Ludwig, que a ratos se nos aparece como un turista ligero y agradable, con esa gracia germana que a nosotros nos suena un poco a solemne y otro poco a ingenua, como de niño grande. El mismo Duhamel no da la impresión de su figuración intelectual, con esos lentes de miope en su cabeza reluciente, sus ademanes y su elegancia francesa, que le hacen parecerse a un profesor. Sólo Romaines

se le asemeja, en dignidad y en fuego interior, y en esa luz vibrante en que ambos parecen estar envueltos. En los dos se ve, a primera vista, al intelectual, al hombre que está habituado a los silencios largos de la vida interior y al trabajo, a las severas disciplinas de una tarea minuciosa y fecunda.

El escritor Alfredo Cahn, el traductor y amigo del célebre autor del *Erasmus* y del *Calvino*, es el que nos ha traído con él a este rincón. No es un lugar elegido después de una paciente búsqueda, aunque lo parezca. Corrido por las nubes de admiradores a la caza de autógrafos y de reporteros detrás de unas declaraciones, Zweig, tomado del brazo de Cahn, pidió que nos hundiéramos en el primer sitio a la mano, como en un refugio. Y el café donde hemos venido a caer, y que es uno de esos cafés que no se sabe cuándo está visitado por los clientes y donde unos mozos soñolientos se deslizan con desgano, equivocando siempre la orden de las consumiciones, no podía ser más a propósito. Allí, en medio de los desairados ruedos de sillas vacías que asisten a su propia vigilia, el famoso buceador de almas, el desentrañador de los misterios psicológicos más sorprendentes, de la comedia humana, está sentado impunemente, mientras al través de las altas vidrieras se ve afuera circular a los frustrados perseguidores.

—Es lo mismo—apunta alguien—por lo que se refiere a los periodistas, porque siempre harán su reportaje.

—Ya lo he comprobado—reconoce Zweig—. No he hablado con ningún periodista, pero todos los diarios están llenos de mis declaraciones.

Suizo de origen, Cahn, pero ya criollo por sus largos años de Buenos Aires, lleva la conversación alternativamente en alemán y castellano, con el acuerdo de la baronesa von Rentzell, que también está con nosotros, una mujer inteligente y que no cree en la eficacia de su título para certificarlo. Otro de los nuestros, un escritor argentino, interviene de cuando en cuando en italiano; y, finalmente, un nervioso editor libertario que

también forma parte del concurso, tercia agudamente en catalán. Suenan además algunas difíciles palabras en inglés y francés, pero Zweig sale un instante de su mutismo para sorprendernos manifestando comprender perfectamente el castellano.

—Es el mío—nos dice, con pronunciación vacilante—un castellano de treinta años atrás, pero que ha permanecido torpe, como aletargado, por falta de uso.

Todos hablan entonces, con cierto alivio, y hasta con precipitación. Pero Zweig ha vuelto a su cigarro. Sonríe. En sus labios hay una sonrisa permanente, fina, pero en ningún caso cortesana. Una sonrisa triste, como iluminada por dentro y que casi sería serena si no fuera preocupada. (Sabemos que su primera pregunta, al desembarcar, fué para enterarse del resultado de una batalla importante de la guerra civil española. La suerte de la Península, tan ligada al destino inmediato de Europa, parece absorber por entero su inquietud).

Y es precisamente sobre España que vuela en seguida el interés de la conversación. Tema álgido, y demasiado candente para ser eludido. Zweig escucha con atención interesada, pero calla. Su silencio y su reserva tienen ya la forma de una costumbre. A una pregunta más directa, responde con vaguedad:

—No sabemos exactamente lo que allí sucede.

Teme evidentemente que sus opiniones sean utilizadas por la política.

Y aquí una voz de mujer. La baronesa von Rentzell advierte suavemente, pero con cálida entonación de voz:

—Por el momento, estamos enterados de que allí peligra la libertad. Un pueblo que se defiende contra una fuerza que no representa ni su camino ni su dicha. Una dolorosa circunstancia, que mantiene en suspenso al mundo, pero que al mismo tiempo provoca nuestra apasionada admiración.

Zweig asiente, pero con frases apagadas por el desconsuelo:

—La política invade todos los órdenes. Europa está anegada por ese lodo. El horizonte es sombrío.

Nuevamente el silencio en la penumbra del bar. Al otro lado, golpean regularmente las fichas de dominó de unos jugadores que no se ven y a quienes el mozo lleva con blandos pasos algonados unos vasos de cerveza. (Los periodistas, afuera, han sido despistados).

Una impaciencia juvenil sacude al editor, que se encara con el biógrafo de *María Antonieta* para decirle:

—¿No cree usted, señor Zweig, en una actitud más responsable y clara del escritor en estos momentos, dando también a la lucha por la libertad su participación, definiéndose francamente por uno y otro de los dos grupos en que se halla dividido hoy el mundo?

Reposadamente y con mucha deferencia, pero con visible recelo, Zweig, que teme a cada paso estar frente a un encubierto reportero, le responde:

—Es un punto de vista discutible. El escritor habla por sus obras. Allí están su posición y sus barricadas. En sus libros es donde él se define.

El debate se generaliza y cobra una vibración unánime, y todos coinciden en conferir al escritor una posición beligerante, aun fuera de sus libros, en el aire avezado de la calle, en pugna con la desacreditada inhibición en nombre de supuestos intereses superiores. Sólo Zweig permanece *au dessus de la mêlée*. Ha encendido entonces su segundo cigarro. Alguna vez se le oye decir:

—La libertad está amenazada, pero el espíritu no lo está menos. Y de ningún modo ambos podrán mantenerse separados.

O sino:

—La violencia y la inteligencia no pueden marchar juntas, puesto que la violencia no conduce a ninguna inteligencia.

Es el Erasmo en medio de la refriega de la Reforma, a salvo de todo conato con las aristas agresivas de ambos partidos. Y es

esa misma la actitud que, al parecer, ha querido reservarse Zweig en esta época por más de un aspecto semejante a la del siglo XVI, cuyo máximo representante no es él, por cierto, como el Erasmo lo fué entonces, pero cuya ubicación frente a los graves problemas de la hora reedita excelsamente. ¿Pero es posible, fué posible alguna vez mantenerse atrincherado, impunemente, en esa «diferencia esencial», que dice Claudel, dando a la inteligencia un papel visiblemente especulativo y limitado, sordo a la sangre que baña dramáticamente el mundo? No lo parece. Blanco de los fuegos de ambos bandos, cabeza de turco obstinada en un equilibrio imposible, Erasmo no pudo al fin sino ceder, abandonar las alturas a que había tratado de confinarse con el *De libero arbitrio*, caer en las retractaciones y en el repudio de sus propias criaturas, y salir dañado al fin, cabeza de turco, de la experiencia. Hubo entonces también allí una izquierda y una derecha, a las que vanamente trató de eludir; hubo una realidad caliente que incendiaba ese trozo de realidad histórica. La inhibición erasmiana, purista y esencial, aspiró a mantener sus alas por encima de ese fuego, en ese aire helado más que templado de su apartamiento, olvidando que las leyes físicas impulsan el calor de las llamas hacia arriba y que una temperatura indiferente no podía mantenerse en esas condiciones por mucho tiempo: el incendio debía alcanzarla. El *De servo arbitrio* de Lutero no fué sino un proyectil más, inflamado y cargado de gases, que iba a destruir esa ilusión.

Expulsado de Alemania, acosado, quemados sus libros por los representantes de ese oscuro poder que él llama la política, ¿podrá Zweig continuar por mucho tiempo atrincherado también en su «diferencia esencial», confinando sus discrepancias al plano de las ideas, cuando estas discrepancias, como advierte Romaine, se traducen en hechos concretos, en hombres asesinados, aprisionados, exilados, o condenados a morir de hambre y desesperación?

Cuando salimos del café, los periodistas y las cazadoras de

garabatos ilustres habían desaparecido tragados por la ciudad, que se mueve ruidosamente en el río que corre por sus calles. La noche despertaba luminosamente en el guiño de sus anuncios eléctricos y multicolores. El recinto en el que habíamos pasado unos pocos cuartos de hora con Stefan Zweig quedaba abandonado a su perfecto silencio, desierto del todo, por lo menos hasta un instante después, en que los porteños que se preparan a cenar y quieren beber antes un sorbo de café y unas palabras amigas y los que habiendo cenado ya quieren beberse todo eso después, vendrán a confundirse en el murmullo creciente que irá poblando poco a poco los tableros de las mesillas.

—No ignoro dónde se halla ubicada Bolivia—me dice Zweig con una sonrisa, ya en la calle, antes de despedirnos—. No ha dejado de interesarme su clima y su historia arrebatados, a una temperatura de cuatro mil metros.

Y yo, con una diligencia de funcionario del turismo:

—¿No ha pensado usted alguna vez en una visita a esos climas?

Zweig lo ha pensado muchas veces.

—Sueño con hacerlo, como observador, no como conferenciante. Como amigo. Y singularmente a Bolivia, a Chile, a Perú, a México que ya conozco, naciones que además de la sugestión de su futuro ofrecen la de su pasado. Patrias a las que les perteneció el ayer de América y a las que corresponde, con todas las de América, el mañana del mundo.

Con estas palabras como un saludo, Stefan Zweig, una de las personalidades intelectuales más altas de nuestro tiempo, nos estrecha la mano, y se aleja en dirección a su hotel, a pasos tranquilos y rápidos, un tanto encorvado de espaldas y con esa característica inclinación de su cabeza sobre uno de los hombros, lo que le da un aire de preocupado, al que las pasiones de su época quieren cercar sin conseguirlo, pero estrechándolo cada vez más en su anillo de angustias y de llamas.

Buenos Aires, octubre de 1936.